

convento de los religiosos y del fuerte y altivo castillo, dan a Calatrava tal aspecto de severidad y grandeza, que la fantástica imaginación, al verla, cree presenciar los rudos combates, oír los furibundos golpes de las máquinas de guerra, y le parece ver a los fuertes caballeros, que con agilidad de gamos y esfuerzo de leones rechazan al enemigo común que venía a turbar la paz de aquella majestuosa soledad. Bien es verdad que lanzados los sarracenos al otro lado de Sierra Morena y arrollados por el irresistible empuje de las armas cristianas al centro de las comarcas andaluzas, lejos de la Mancha, en son de guerra no llegaron al pie de los sólidos muros de esta fortaleza, la que no presenció otras luchas que las nacidas de los cismas de los caballeros al disputarse el Maestrazgo, primera dignidad de la Orden. Así, al traer a la memoria su pasada historia, ocurre el preguntar si tan robusta fortaleza fue levantada para imponer respeto y atajar el paso de Castilla al musulmán, o para afianzar la poderosa Orden sus grandes posesiones y conquistas, acallando los celos de los que, no sin temor, veían su pujanza siempre creciente y la influencia y autoridad de que gozaban sus Maestres.»

No se comprende el estado tan en extremo ruinoso de Calatrava la Nueva sin conocer la singular psicología de la Orden en sus postreros tiempos. Cabe preguntarse cómo otros castillos abandonados dos, tres o más siglos antes que el Sacro Convento se conservan en mejor estado. Mas el propio autor de referencia lo explicó en las siguientes líneas: «Al dejar Calatrava, los mismos religiosos arrancaron sus puertas, desmantelaron gran parte de sus techos y destrozaron cuanto hallaron a las manos. Las malas pasiones, largo tiempo reprimidas, estallaron con furia cruel e inusitada, y el pensamiento que agitaba sus volcánicas cabezas y movía con furia sus brazos era *el arruinarle para siempre*. Acto vandálico que la Historia condena y rechaza con energía como contrario a los más nobles sentimientos del corazón humano; borrrón perpetuo que eclipsó en un momento todas las glorias de aquella institución, que tanto había prodigado la sangre de sus caballeros en los campos de batalla, al que, si precedente histórico queremos darle, hay que buscarle en el no menos censurable abandono que esta misma Orden hiciera de su ilustre cuna en las márgenes del Guadiana.»

Hace ya mucho tiempo que se viene hablando del propósito de reconstruir este magno convento-castillo, acaso sin parar mientes en lo arduo de la empresa. En uno de nuestros libros, aparecido en 1928, pusimos de manifiesto cuán de lamentar era que continuara sin merecer ninguna atención de instituciones o personas que pudieran contribuir a ello, o bien, siquiera, a la conservación de sus restos. El inolvidable monarca don Alfonso XIII sintió simpatía por tal idea, la cual compartieron después otras personalidades, que fueron a ver el monumento, lo-